

Palabras del P. Del Col en la iniciación oficial de los cursos de Licenciatura en el ciclo lectivo 2014

Buenas tardes. Y bienvenidos todos y cada uno de ustedes a este acto de iniciación oficial de los cursos de Licenciatura en el presente ciclo lectivo.

Un saludo y bienvenida especial al contingente de nuevos alumnos, que integran las dos comisiones de primer año. En agosto se añadirá otra comisión de nuevos alumnos. Es realmente significativo el número de ingresantes. El Instituto, como subse de la Universidad del Salvador, se alegra por este hecho. Agradece el haber sido elegido entre otras alternativas universitarias, que se dan en nuestra ciudad o en otras del país. Y formula el deseo de que los nuevos alumnos, juntamente con los de los años anteriores, puedan realizar satisfactoriamente sus estudios superiores y llegar airoosamente a la meta de la licenciatura.

Este acto ofrece la oportunidad de recordar y enfatizar los objetivos ideales de toda carrera de la USAL. Esta Universidad, la primera de la Argentina, había sido fundada por la Compañía de Jesús en la ciudad de Córdoba ya en el año 1622. En marzo de 1975, los jesuitas confiaron la conducción de la “Universidad del Salvador” a un grupo de laicos, quienes asumieron la responsabilidad de preservar la identidad de la misma en el cumplimiento de sus fines y objetivos.

Me place poner de relieve que fue el card. Jorge Bergoglio, nuestro actual Papa Francisco, quien en los comienzos del proceso de desligue dirigió a la comunidad de la Universidad una especie de “carta magna” sobre los puntos fundamentales sobre los que debería apoyarse la Nueva Universidad del Salvador: lucha contra el ateísmo, lo cual implica defender y promover el sentido trascendente de la persona, de la vida y de la historia contra todas las formas contemporáneas de ateísmo inmanentista; avance mediante el retorno a las fuentes originarias, inspiradas en san Ignacio de Loyola; universalismo a través de las diferencias, asumiendo la seguridad de que “la verdad encarnada solo se muestra en el juego diverso de lo creado”. En armonía con tales puntos, la USAL, según su Estatuto Académico, tiene por finalidades esenciales y específicas: la formación integral -científica, humanística y cristiana - de sus estudiantes, en todas las carreras o especialidades; la investigación científica capaz de demostrar la síntesis armónica de la ciencia y de la fe; y en general, toda docencia superior encaminada a la visión cristiana de los distintos problemas humanos.

Es esta justamente la atmósfera espiritual de la USAL. Nuestro Instituto está en parecida línea ideológica, dado que un humanismo específicamente cristiano lo inspira y orienta, convencido como está de que la verdadera humanización se realiza en el encuentro personal con Dios y con el hombre, imagen de Dios. Y esto según el estilo educativo de don Bosco, que se vive en un clima de familia, de confianza y de apertura a los jóvenes, de alegría y de espontaneidad (cf Documento sobre “Principios y objetivos del Instituto”, publicado por Pascua de 1974).

El Instituto considera por igual a los alumnos de las propias carreras terciarias y a los de las dos carreras universitarias, de Psicología y de Psicopedagogía. A todos ansía favorecerlos lo más posible, tanto en lo académico como en lo personal.

Con respecto a lo académico, me place anunciar oficialmente y poner de relieve que la carrera de grado de Licenciatura en Psicología, que está funcionando aquí por convenio con la USAL, ha sido acreditada por tres años a raíz de una inspección rigurosa de la CONEAU (o Comisión Nacional de Evaluación y Acreditación Universitaria) . Igual acreditación le correspondió a la subse de del Pilar, mientras que la Licenciatura de la sede central de Bs. As., se hizo acreedora a una acreditación aún mayor, por seis años. Me place poner de relieve que las carreras de Licenciatura en Psicología que se presentaron para acreditación fueron 54; de estas, acreditaron tan solo 9 de universidades privadas y 5 de universidades estatales; la acreditación reconocida fue ordinariamente de tres años; solamente fue de seis años para una universidad estatal y para tres privadas, de las cuales una es la USAL, como acabo de indicar. Ustedes, queridos alumnos, están pues en una universidad de excelencia en cuanto a su carrera de grado en Psicología.

La Decana de la Facultad de Psicología y Psicopedagogía de la USAL, Lic. Gabriela Renault, está elaborando ahora un proyecto para que a nuestra licenciatura de Psicología puedan, a partir de agosto, incorporarse como alumnos regulares los egresados de la carrera de Psicopedagogía de nuestro Instituto. Y una vez que finalicen los estudios de Psicología, van a tener la posibilidad de frecuentar cursos complementarios para obtener también el título de Licenciados en Psicopedagogía.

A ustedes, queridos jóvenes, el Instituto los ve como futuros y valiosos artífices de la salud entre los jóvenes y no jóvenes de nuestra sociedad. Nuestra sociedad está como reclamando la aportación de quienes estén en condiciones de hacerlo, con competencia y con espíritu de servicio. Veán, ya desde ahora, su futuro desempeño profesional como una donación de sí mismos, de sus recursos científicos y humanos, de su idealismo y de su amor fraternal.

Con sobrada razón se presenta como necesario el cambio de nuestra sociedad, tan enferma. Todos los argentinos tendríamos que estar preocupados. Oigan lo que escribió el card. Bergoglio en su última carta pastoral a los sacerdotes, consagrados y laicos de la Arquidiócesis de Buenos Aires, al inicio de la Cuaresma (13 de febrero de 2013, Miércoles de Ceniza), justamente un mes antes de ser nombrado papa:

“Poco a poco nos acostumbramos a oír y a ver, a través de los medios de comunicación, la crónica negra de la sociedad contemporánea, presentada casi con un perverso regocijo, y también nos acostumbramos a tocarla y a sentirla a nuestro alrededor y en nuestra propia carne. El drama está en la calle, en el barrio, en nuestra casa y, por qué no, en nuestro corazón. Convivimos con la violencia que mata, que destruye familias, aviva guerras y conflictos en tantos países del mundo. Convivimos con la envidia, el odio, la calumnia, la mundanidad en nuestro corazón. El sufrimiento de inocentes y pacíficos no deja de abofetearnos; el desprecio a los derechos de las personas y de los

pueblos más frágiles no nos son tan lejanos; el imperio del dinero con sus demoníacos efectos como la droga, la corrupción, la trata de personas - incluso de niños - junto con la miseria material y moral son moneda corriente. La destrucción del trabajo digno, las emigraciones dolorosas y la falta de futuro se unen también a esta sinfonía. Nuestros errores y pecados como Iglesia tampoco quedan fuera de este gran panorama. Los egoísmos más personales justificados, y no por ello más pequeños, la falta de valores éticos dentro de una sociedad que hace metástasis en las familias, en la convivencia de los barrios, pueblos y ciudades, nos hablan de nuestra limitación, de nuestra debilidad y de nuestra incapacidad para poder transformar esta lista innumerable de realidades destructoras”.

Desde luego, el panorama es sombrío, notablemente sombrío. Todo ciudadano tendría que asumir el compromiso de contribuir al cambio, al saneamiento de la sociedad. Por el hecho de ser cristianos, tenemos que afrontar el mal con valentía, con esperanza, con optimismo, incluso con alegría. El Papa Francisco tituló “*Evangelii gaudium*” (el gozo del evangelio) su primera Exhortación Apostólica. El en persona, con su palabra, con sus gestos, con su perenne sonrisa, con su calidez humana, nos da ejemplo de esperanza. Refiriéndose a los evangelizadores, expresa en la aludida Exhortación que no deberían tener permanentemente “cara de funeral”. Y cita a Pablo VI que escribió en su Exhortación apostólica “*Evangelii nuntiandi*” (del 8 de diciembre de 1975): “Y ojalá el mundo actual –que busca a veces con angustia, a veces con esperanza- pueda así recibir la Buena Nueva, no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o ansiosos, sino a través de ministros del Evangelio, cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo”.

Si esto vale en el orden religioso, para la Evangelización o Nueva Evangelización, también vale, por cierto, para profesiones, como la de psicólogo o de psicopedagogo, que son claramente comparables con ministerios pastorales. Les deseo, pues, queridos alumnos que en este año y en todos los años de su carrera universitaria sean agudamente sensibles a las necesidades espirituales de la gente, sobre todo de la gente joven, y en especial si carece de atención y cuidado, y que por eso se esmeren de veras en formación académica y humana. Hablando una vez en la Plaza de San Pedro, el Papa Francisco se dirigió a los jóvenes presentes, expresando conceptos como los siguientes: “Un corazón joven, que acoge el amor de Cristo, se transforma en esperanza para los demás, ¡es una fuerza inmensa! Pero ustedes, chicos y chicas, todos los jóvenes, deben transformarse en esperanza, ¡transformarse en esperanza! Abran las puertas hacia un nuevo mundo de esperanza. Este es su deber... No salen en los periódicos, porque no cometen actos violentos, no hacen escándalos, y por tanto, no son noticia. Pero, si permanecen unidos a Jesús, construyen su Reino, construyen fraternidad, comparten, realizan obras de misericordia, son una fuerza potente para hacer el mundo más justo y más bello ¡para transformarlo!”

En su visita-peregrinación a Asís (4 de octubre de 2013), el Papa Francisco recomendó a los jóvenes de Umbría el evangelio para transformar el mundo según el designio de Dios. Les señaló el ejemplo de Francisco, quien “hizo crecer la fe, renovó la Iglesia, y al mismo tiempo renovó la sociedad, la hizo más fraterna, pero siempre con el Evangelio, con el testimonio”. “Con el Evangelio en su corazón y en sus manos -les dijo el Papa al concluir-, sean testimonios de la fe con su vida: lleven a Cristo a sus hogares, anunciándolo entre sus amigos, acójalo y sírvanlo en los pobres”.

Resuenen en ustedes, queridos alumnos, estas palabras de nuestro Papa, aplicándolas a su contexto estudiantil de futuros artífices de una Argentina sana, sin exclusiones, sin descartes.

Que el Señor ilumine su rostro sobre ustedes y sobre todos nosotros, y nos favorezca abundantemente en el presente año académico que hoy inauguramos.